

Jesús, el Dios tangible, accesible y acogedor

En el concepto griego primitivo, así como también de muchos otros pueblos antiguos, Dios era un ser inaccesible que jamás podría tener cualquier tipo de contacto o aproximación con los seres humanos.

Jesús desechó ese concepto equivocado al mostrarse tangible y accesible en relación a aquellos que le cercaban. Por eso, le cabe adecuadamente la expresión “Emanuel”, que significa “*Dios con nosotros*”, como leemos en Mateo 1:23.

Una característica notable en el carácter de Jesús era su comportamiento acogedor en relación a las necesidades de las personas que se aproximaban de él.

Jesús fue la personificación del bueno samaritano de la parábola, el cual atendió a las necesidades de aquel hombre que había sido víctima de salteadores y fue ignorado por los aquellos que tenían prejuicios religiosos, representados por el sacerdote y el levita de la parábola de Lucas 10:30-37.

Jesús valorizaba el contacto con los leprosos, meretrices, extranjeros y otros discriminados por la sociedad de su época, aprovechando cada oportunidad para hablarles del Reino de Dios y llevarles un mensaje de esperanza para aquel pueblo marginalizado y sin perspectivas.

Jesús no discriminó a nadie, sea por sexo, condición social o intelectual, religiosidad o cualquier otro motivo que lleva la sociedad a discriminar las personas.

Si en un primer tiempo Jesús pareció discriminar la mujer cananea, también llamada siro-fenicia (Mateo 15:21-28), luego después Jesús ensalzó la fe de aquella mujer, la cual se identificó con los perritos que comían las migas que sobraban del alimento de los hijos.

Así fue también con ladrones, publicanos, fariseos, escribas, niños, moribundos, endemoniados y demás personas rechazadas del convivio social. Jesús trataba a todos sin escrúpulos y sin barreras, valorando a todos igualmente, como vemos en Mateo 9:10-13 y Mateo 11:19.

Él se sometió al riesgo de ser apedreado por extender el perdón y la misericordia de Dios a las prostitutas y pecadores, con los cuales él convivía, sin miedo de “contaminarse” (Juan 5:18 y 10:33).

Una vez, Jesús se hospedó en la casa de un colector de impuestos llamado Zaqueo, no se importando con los comentarios de sus opositores, los cuales decían que é fue huésped de un hombre de mala reputación (Lucas 19:1-10).

Para Jesús, más importante que su propia reputación era la oportunidad de alcanzar los desgarrados, a fin de que las personas pudiesen conocerle más cerca y oír sus enseñanzas, aunque algunos de aquellos que le acompañaban eran individuos con un pasado oscuro.

Otra vez, Jesús recibió Nicodemo, respetado líder religioso judío, el cual fue encontrarle por la noche, pues temía ser visto consultando alguien que no tenía el crédito del clero judaico (Juan 3:1-21). Él no solamente recibió Nicodemo, como también le dedicó toda la atención que él solía asistir a todas las personas que le procuraban.

Aunque no era uno de los discípulos de Jesús, Nicodemo oyó del Maestro algunos de los principios notables del cristianismo, así como el concepto del nuevo nacimiento y del propósito expiatorio del Hijo de Dios, como leemos en el capítulo 3 del Evangelio de Juan.

Eso es una prueba que Jesús no privilegiaba un grupo de elite, en detrimento a las necesidades de otras personas que profesaban una fe diferente.

Otro ejemplo de actitud acogedora de Jesús fue aquella de Juan 8:1-11, en que una mujer sorprendida en flagrante adulterio fue perdonada por Jesús, siendo que la ley del Viejo Testamento mandaba apedrear los que cometiesen ese tipo de pecado.

En este caso, Jesús mostró una vez más que él tenía una pauta de inclusión social, dando a la mujer una oportunidad de cambio de comportamiento y una orientación de vida, cuando le dijo: "Vete y no peques más".

La actitud de Jesús no fue para encubrir el pecado de nadie. Todavía, su forma simpática a los rechazados de la sociedad revolucionó el concepto de la relación que Dios quiere tener con los hombres.

En ningún momento Jesús se omitió de atender a los enfermos, expulsar demonios y acoger niños que eran traídos a él (Mateo 4:24 y Lucas 6:19). A los que le consultaban sin segundas intenciones, él les respondía con parábolas y metáforas en la medida que las personas podían asimilar sus enseñanzas.

Los discípulos de Jesús, que estaban llenos de la ley discriminatoria del Viejo Testamento, se sorprendieron de verlo hablando con una mujer, como leemos en Juan 4:27, ya que la ley de Jehová y las tradiciones de los judíos son extremadamente machistas.

Jesús frecuentó banquetes de bodas, cenas en casas de personas reputadas como deshonestas y otras actividades sociales junto con gente de toda especie, sin preocuparse por "contaminarse" con la pecaminosidad de las personas. Él consideraba a todos de la misma forma y jamás tuvo escrúpulos para aproximarse de hombres y mujeres considerados "pecadores" por la sociedad.

Por causa de su actitud tan liberal, Jesús fue acusado de "comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores", como dicen Mateo 11:19 y Lucas 7:34. Él era extremadamente sociable y se aproximaba con libertad de las personas, en público o en la privacidad.

En Lucas 7:36-38 leemos que uno de los fariseos llamado Simón rogó a Jesús que comiera con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume.

Estando detrás de Jesús a sus pies, la mujer llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los secaba con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungía con el perfume.

Cuando vio esto, el fariseo que lo había convidado dijo para sí: Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, porque es pecadora. Sin embargo, Jesús conocía la clase de mujer que le estaba tocando y conocía también el corazón del fariseo, aunque hablara para sí mismo.

En todas esas circunstancias Jesús se justificaba a sus cuestionadores diciendo que él no vino llamar a "justos", sino a pecadores al arrepentimiento (Lucas 5:32). Él dijo aún que los que se consideran sanos no van a los médicos, pero los que tienen conciencia de su enfermedad buscan auxilio en los médicos porque saben que no tienen otra alternativa (Mateo 9:12 y Marcos 2:17).

Jesús nunca demostró repugnancia por el contacto con pecadores y pecadoras, lo que ocurre muchas veces con personas que se juzgan a sí mismas muy santas e inmaculadas.

Una mujer con enfermedad de hemorragia fue sanada simplemente porque tocó en la franja de su vestido (Mateo 9:19-22). Si Jesús estuviese disgustado por la posibilidad de contaminación, no permitiría que la mujer le tocara, pues la ley del Viejo Testamento consideraba impura la mujer durante el periodo menstrual (Levíticos 15:32).

Los textos de Marcos 10:13-16 y Lucas 18:15-17 narran un episodio en que algunas personas trajeron niños para que Jesús les tocara, pero los discípulos se indignaron con la exposición de su Maestro en aquella condición tan humana y vulgar.

Sin embargo, Jesús les reprendió y les ordenó que no impidiesen los niños de tocarle. Después, para confirmar su deseo de aproximarse más de las personas, Jesús tomó un niño, colocó sus manos sobre él y le bendijo. De la misma forma Jesús hizo con todos los demás niños.

Por todos esos ejemplos, concluimos que Jesús tenía placer de poder tocar y ser tocado por las personas porque quería transmitir su amor de la forma más práctica y personal posible.

Sin embargo, de una forma totalmente opuesta, vemos la actitud repulsiva de Jehová en el Viejo Testamento, cuando fulminó un hombre llamado Uza, simplemente porque aquel hombre extendió su mano y tocó en la arca, que estaba cayendo debido a las sacudidas en la carreta de bueyes (2 Samuel 6:6-8).

El arca era transportada con varales para evitar que alguien le tocara durante su transposición (Éxodo 25:14), lo que muestra la preocupación de Jehová cuanto a la posibilidad de que fuera tocado por un simple mortal.

Algo sucedió a los bueyes que transportaban el arca; quizá tropezaron o se desyugaron y el arca se tambaleó. Inmediatamente, Uza se acercó y sostuvo el arca con sus manos. Uza sólo intentaba ayudar y fue asesinado implacablemente.

Jehová reaccionó, hirió a Uza, y éste murió. El texto nos da una “razón” para tal acción drástica de parte de Jehová. El arca simbolizaba la presencia física de Jehová y por eso no podría ser tocada por nadie, o sea, Jehová es un dios intangible.

A su vez, una mujer que hacía doce años padecía de hemorragias, se le acercó de Jesús por detrás entre la gente y le tocó el borde del manto y fue inmediatamente sanada (Marcos 5:25-30).

Al momento también Jesús se dio cuenta de que de él había salido poder, así que se volvió hacia la gente y preguntó: --¿Quién me ha tocado la ropa?

Por lo tanto, de Jehová salió la muerte sin misericordia, mientras que de Jesús salió vida y curación.

La conclusión es que Jehová no es el mismo que Jesús, pues mientras que quien tocaba en Jehová era fulminado, quien tocaba en Jesús era sanado.

Jesús, el Hijo, es el mismo que el Dios Padre, como él dijo a Felipe (Juan 14:9), pero no tiene que ver con Jehová, que es el implacable dios exterminador sin causa del Viejo Testamento.

Esa es una prueba evidente que Jehová y Jesús no son la misma persona, pues los que tocaban en Jehová eran muertos implacablemente, mientras que aquellos que tocaban en Jesús eran sanados, como lo fue la mujer hemorrágica, simplemente porque tocó en la franja del vestido de Jesús por la fe.

El contacto con Jehová producía maldición, mientras que el contacto con Jesús producía virtud, como leemos en Marcos 5:30 ... *“La mujer decía: Si tocare tan solamente su vestido, seré salva. Y luego la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Y luego Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que había salido de él, volviéndose a la compañía, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos?”*

Hubo solo una vez que Jesús no permitió ser tocado, como leemos en Juan 20:16-18. En ese episodio conocido en el medio religioso como “Noli me tangere”, Jesús hizo la restricción porque su cuerpo estaba en un proceso de cambio de naturaleza, al que dijo a la mujer: “No me toques; porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”.

La presencia de Jehová traía asombro y temblor de muerte, como dice Hebreo 12:18-21 ... *“Porque no os habéis llegado al monte que se podía tocar, y al fuego encendido, y al turbión, y a la oscuridad, y a la tempestad, y al sonido de la trompeta, y a la voz de las palabras, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más; (porque*

no podían tolerar lo que se decía: y, si una bestia tocara al monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible cosa era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy asombrado y temblando.”

A la su vez, la presencia de Jesús traía calma y tranquilidad a las personas, como en la barca narrada en Marcos 4:35-41, donde Jesús reprendió el viento y calmó el mar.

Donde quiere que Jesús llegara, su presencia traía confort y ánimo a los que estaban sin esperanzas. Cuando él visitaba alguien, la paz llegaba en aquel lugar. Si la paz no llegaba, era porque le rechazaban y no le querían.

Si había un “clima” tenebroso en un lugar, se quedaba aliviado con la presencia de Jesús. Aunque el ambiente fuese inmundado y reinase el espíritu de muerte, la presencia de Jesús traía paz y un sentimiento de esperanza a los aflictos.

Jesús no esperaba que el ambiente fuese tornado “santo” para poder frecuentarlo e interactuar con las personas, contrariamente a lo que hacía Jehová, el cual seleccionaba ambientes especiales de religiosidad y pureza absoluta para hacerse presente.

Como ejemplo de que Jehová no admitía manifestarse para gente “impura”, hay un episodio en Éxodo 3:5, donde Jehová reveló a Moisés su repulsa crónica por la proximidad con los mortales.

Jehová solo se manifestó favorablemente a Salomón después que el rey le ofreció un súper sacrificio, como dice 1 Reyes 8:63 y 64 ... *“Y ofreció Salomón sacrificios de paz, los cuales ofreció a Jehová: 22.000 bueyes y 120.000 ovejas. Así dedicaron el rey y todos los hijos de Israel la casa de Jehová. Aquel mismo día santificó el rey el medio del atrio, el cual estaba delante de la casa de Jehová; porque ofreció allí los holocaustos, las ofrendas y la grosura de los sacrificios de paz, por cuanto el altar de bronce que estaba delante de Jehová era pequeño, y no cabían en él los holocaustos, las ofrendas y la grosura de los sacrificios de paz”*.

1 Reyes 9:25 ... *“Y ofrecía Salomón tres veces cada año holocaustos y sacrificios de paz sobre el altar que él edificó a Jehová, y quemaba incienso sobre el que estaba delante de Jehová, después que la casa fue terminada”*.

El acceso a la intimidad de Dios solo fue franqueado después que Jesús fue glorificado, pues hasta aquel momento los judíos estaban impedidos de aproximarse de Dios. Apenas el sumo sacerdote era autorizado a entrar una única vez por año y con muchos sacrificios en el súper restricto “santo de los santos”, donde Jehová habitaba.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, como dice Mateo 27:50 y 51, el cual hacía separación entre el lugar santo y el “santo de los santos” del tabernáculo judaico. El Viejo Concerto de Jehová, lo cual fue intermediado por Moisés, dio lugar al Nuevo Concerto del Dios Padre, lo cual es intermediado por Jesús Cristo.

Jehová era intangible, pues le molestaba la aproximación con los hombres, por miedo de perder su gloria de arcángel.

Por eso era totalmente diferente de Jesús, que se aproximaba de enfermos, prostitutas, ladrones, leprosos y todos los discriminados de la sociedad. Jesús fue acusado de ser amigo de los excluidos y los marginados de la sociedad, o sea, los “desechados” sociales.

Jesús es como el samaritano de la parábola que atendió a las necesidades de un hombre que no conocía, pero había sido víctima de asaltantes, mientras que Jehová es como el sacerdote o el escriba de la misma parábola, que pasaron lejos y dieron un rodeo, quizá por miedo de ser contaminados por un pecador moribundo.

Esto significa que Jehová siente asco de las personas, porque no quiere contaminarse con la suciedad de los pecadores mortales y así perder su gloria de arcángel.

A su vez, Jesús es como la luz, que ilumina lo más profundo de las tinieblas sin contaminarse con ellas. Por eso, Jesús es verdaderamente la luz del mundo (Juan 8:12).

Por último, Jesús es el verdadero Dios, tangible, accesible y acogedor, que tocó y que permitía ser tocado por hombres y mujeres, buenos o malos, el cual transmitió virtud al ser tocado por una mujer con hemorragia (Lucas 8:43-46), cuyas manos tocaran en personas moribundas para traerles sanidad (Lucas 8:54), cuyos pies fueron mojados con las lágrimas de una pecadora arrepentida (Lucas 7:36-38), cuya saliva untó los ojos de un ciego para que volviese a ver, en cuyo pecho el discípulo Juan encontró el afecto de un amigo (Juan 13:23-25) y cuyo rostro recibió el beso hipócrita del traidor Judas Iscariote (Lucas 22:47 e 48).

Oswaldo Carvalho